

La isla tiene forma de ballena

Vicente Quirarte

Mientras en territorio mexicano Benito Juárez mantenía la legitimidad de su gobierno a bordo de su carroza convertida en ambulante palacio presidencial, el 16 de octubre de 1864 se establece el club liberal mexicano de Nueva York, con el objetivo de continuar desde esa ciudad la lucha contra la intervención francesa y el imperio de Maximiliano. Entre ellos se encontraban Francisco Zarco, Manuel Balbontín, José Rivera y Río, Juan José Baz. A partir de esos hechos históricos ha trazado Vicente Quirarte una novela, de la que aquí se publica el capítulo inicial.

No había sitio para un barco más. Ninguno dejaba de moverse, de añadir su color y su nombre, su humildad o su opulencia al concierto de maderas y velámenes, metales y sirenas, integrantes de un baile ejecutado con inverosímil precisión. Cada navío tenía un color, un brillo y un tamaño correspondientes al volumen o la gravedad del sonido que anunciaba su entrada en la bahía de Nueva York. Esbeltos y ligeros como aves, los *clippers* llegaban con sus bodegas olorosas a té y su desafío a las leyes del tiempo y del espacio; con su apariencia de juguetes nuevos, vapores de grandes paletas y poderosas chimeneas intentaban consolidar su imperio, más vulgar y ruidoso que el del viento; cargueros habilitados como barcos de pasajeros traían poblaciones enteras de irlandeses que ante la negativa de su tierra natal a otor-

garles el sustento elemental de cada día, iban a buscarlo en tierra extraña.

De pie en la punta del vapor que los había traído desde Nueva Orleans, Arístides Bringas y Sebastián Casanueva parecían mascarones de proa que pretendieran impulsar al barco para llegar antes de los que esperaban turno para atracar. Al frente los recibieron los árboles de Battery Park, enanos frente al otro gran bosque de mástiles y velas, humo y gaviotas que oscurecía majestuosamente el horizonte. Giraron alrededor de la bahía, cruzaron Castle Garden y el barco se enfiló hacia el cuarto muelle sobre el río Hudson, entre las poderosas instalaciones de los barcos R. R. Pennsylvania y los no menos abundantes vapores que partían incesantemente a Coney Island.

Arístides Bringas estaba muy cansado para sentirse emocionado y muy emocionado para aceptar su fatiga acumulada, mientras el Tennessee completaba las últimas operaciones de atraco. Las pupilas adiestradas del policía mexicano recorrieron la multitud que aguardaba en el muelle. Con agilidad inusitada para sus 120 kilos de peso, plantó sus 48 años en tierra firme. Se sintió ligeramente mareado, y pasó revista a todos los lugares por los que había pasado para llegar, por fin, a Nueva York. Cada una de sus articulaciones daba testimonio del paso por Monterrey, Saltillo, Piedras Negras, San Antonio, Alachu, Gálveston. Diligencias, ferrocarriles, carrmatos tirados por jamelgos tan desastrosos como sus conductores, embarcaciones de igual y diversa naturaleza se habían encargado de darle una lección de tolerancia.

Compacto, oscuro y poderoso, destacaba en el muelle como una locomotora solitaria, condición amplificada por el vapor que salía de su boca cuando el frío del enero neoyorquino le dio su artera bienvenida. Fiel al animal que era, su instinto de supervivencia se antepone al del placer. Su excesiva corpulencia hacía que se notara aun más la evidencia del revólver. No había necesidad de ocultarlo y menos aun de declararlo. En tiempos de guerra sostenida, el arma era un pasaporte. Más sospechoso resultaba el manso que el feroz. Saber la pistola cerca del corazón y al alcance de la mano daba a Bringas una seguridad sólo semejante a la otorgada por su frasco forrado de piel —antes lleno de catalán, ahora de *bourbon*— que llevaba en la otra bolsa del abrigo. Su reserva de la primera bebida se había agotado apenas unos kilómetros después de abandonar territorio mexicano y la cerveza era muy suave para su temperamento. Para su fortuna, descubrió la lengua áspera y dorada del *bourbon*. “Agua fría da energía. Agua ardiente mata a la gente”. Bringas creía en las dos verdades pero daba su preferencia a la segunda.

—Capitán Bringas. Por favor, mi capitán.

Arístides volteó la cabeza no con el gesto habitual que mostraba ante el peligro sino con la más lenta movilidad de quien se enfrenta a un obstáculo absurdo y por lo mismo enorme. Rogaba que su mirada fuera suficientemente letal como para desaparecer al joven rubio que a gritos lo llamaba desde el muelle.

—Capitán, le suplico que me espere. No puedo con todo el equipaje y los mozos de este puerto no se dan abasto.

El joven rubio acompañó su petición con una sonrisa que duplicó su juventud y su belleza. Arístides resopló como si diez locomotoras se hubieran dado cita en su pecho. Tomó sin aparente esfuerzo las maletas que mortificaban a su interlocutor, las puso violentamente en el piso y sujetó al joven por la cintura, para depositarlo como otro bulto más en la orilla del muelle, ante

el gesto divertido de un grupo de muchachas que intentaban desembarcar junto con ellos.

—Capitán, por favor, me pone en ridículo.

Sin abandonar su actitud serena y vigilante, Bringas se le acercó de tal manera que sólo el joven lo escuchara:

—Sebastián Casanueva, ¿crees que puede compararse este momento a los veintiocho días en que he tenido que soportar tus impertinencias?

—¿Qué hice mal, señor?

—A estas alturas, lo nuestro es casi un matrimonio, pero no hagas escenas que parezcan de matrimonio ridículo. Camina.

—Qué hice mal, señor.

—Llamarme por mi nombre y decirme capitán. Lo siguiente es que lo publiques en los periódicos o lo imprimas en hojas volantes.

Todo lo decía Arístides con una sonrisa, quitándose el sombrero al paso de las señoras y como si estuviera felicitando a su acompañante.

—Con todo respeto, señor, a quién puede importarle que dos mexicanos como nosotros se incorporen a este monstruo de ciudad. Nadie sabe quiénes somos y a nadie le interesa.



Sin abandonar su sonrisa, Arístides Bringas respondió:

—Efectivamente, no somos importantes para la ciudad pero sí para quienes se encargaron de que quien nos iba a esperar no se encuentre aquí. Y como nos están siguiendo...

—¿Quiénes?

—No te agites, no voltees, pero asegúrate de tener ojos en la espalda. En cuanto crucemos esta primera barrera de infelices nos separamos. Nos vemos en Rector y Broadway.

—¿Dónde queda eso?

—La hallarás, muchacho. Y si no, hay una institución universal llamada la pregunta. ¿No vienes conmigo por tu magnífico inglés? Que de algo te sirvan la estampita y la lengua.

—¿Y qué hago con esto?— dijo el joven señalando el equipaje.

—Con lo demás no sé, con esto sí.

Bringas tomó la maleta de mano con estampado de flores de lis de la cual no se habían separado en todo el viaje y desapareció con una velocidad que contradecía a su corpulencia. Casanueva se internó por las calles que estaban inmediatamente después del muelle y donde se

ofrecía el rostro lamentable y verdadero de la urbe, con su corte de los milagros, sus calles destrozadas, sus casas multiplicadas sin orden ni concierto que hacían ostentación de su miseria y eran la gran letrina de la orgullosa ciudad imperio. Si aún lo seguían sus perseguidores, la marcha se dificultaba por las ofertas multiplicadas de hombres de corbata verde que ofrecían, particularmente a irlandeses, alojamientos en la calle Greenwich, o la parvada de niños, tan sucios como las calles, que se lanzaban sobre la presa llamada transeúnte y le ofrecían con voces destempladas maíz asado, periódicos y fruta. Legión de adultos prematuros, niños que fumaban y escupían como la gente grande, anunciaban los trabajos y los días de la ciudad que se erigía en centro del mundo. Mientras unos periódicos, en voz de sus jóvenes y astrosos heraldos, continuaban celebrando el hundimiento del Kearsarge de la Unión, ocurrido cinco meses atrás en la que los propios periódicos de Nueva York llamaban “la guerra Lincoln”, la noticia sensacional de ese 26 de noviembre de 1864 era el incendio, atribuido a los confederados, en el hotel St. James, el Barnum’s Museum y el St. Nicholas Hotel. El siniestro no había alcanzado plenamente su objetivo. Casanue-



© Victor Reesor

Battery Place, 1853

va lo supo desde el barco, pero además de que las pérdidas materiales habían sido enormes, se había sembrado el temor entre la población de una ciudad que, como Nueva York, estaba a merced de los incendios. Siguió caminando por la calle de Rector. Al paso le salían calles totalmente ocupadas por edificios y actividad. Y gente, gente, gente que parecía brotar de las alcantarillas, de los edificios, de los innumerables omnibuses tirados por corceles que a su paso dejaban el uniforme rastro de estiércol de sus bestias. Si la bahía era el catálogo de barcos más completo que había visto en su vida, la calle sintetizaba todos los transportes terrestres posibles.

Desembocó en Broadway ante la fachada y la aguja de Trinity Church. Como la construcción más alta de la ciudad, la había descubierto desde la bahía: navío heroico en tierra, en medio de negocios y especulaciones de Wall Street. Incapaz de distinguir entre la multitud la inconfundible silueta de Bringas, Casanueva decidió instalarse entre las tumbas del pequeño cementerio a espaldas de la iglesia. Frente a él se levantaba un sepulcro donde leyó:

*To the memory of
Alexander Hamilton
The corporation of Trinity Church has erected this
Monument*

*In testimony of their respect for
The patriot of incorruptible integrity
The soldier of approved valour,
The statesman of consummate Wisdom,
Whose talents and virtues will be admired by
Grateful posterity
Long after this marble shall have mouldered into dust
He died July 12th 1804, Aged 47*

Todo estaba bien: la posteridad, el heroísmo, la retórica que encendía la sangre. Pero él, Sebastián Casanueva, a sus 20 años de edad lo que anhelaba no era la gloria sino un lugar para descansar del viaje y olvidar momentáneamente el frío mal nacido que nada tenía que ver con el clima de su personal paraíso llamado México. Él, que viajó desde que tuvo uso de razón, se hallaba ahora en una situación inédita y extraña: ayudante de campo, intérprete o criado de un oficial malhumorado. Liberal para colmo. Poblano de la mejor familia, conservadora en sus convicciones, Sebastián había sido vendido a la causa liberal para pagar sus culpas. Dos caminos le quedaban: la cárcel de la Acordada o un viaje a Nueva York, como intérprete de un agente encubierto, con todos los bemoles que lo acompañaban. Eligió, naturalmente, el segundo.

Un chiflido de arriero o del corazón de la barriada se impuso sobre los otros numerosos ruidos que inundaban Broadway e interrumpió las meditaciones de Casanueva. Del otro lado de la calle, Arístides Bringas lo llamaba. El joven llegó hasta el coche salvador.

—Bien, don Sebastián. Llegaste al lugar de la cita. Pasa, estás en tu casa.

El simón arrancó apenas el joven puso el pie dentro de él.

—Sí, Capitán... perdón, sí, señor.

—Ahora sí puedes llamarme como se te antoje. Creo que por ahora los perdimos. Bendita ciudad aliada del anonimato. Si nuestro hombre no estaba en el muelle es porque tuvo problemas. El siguiente paso es encontrarlo.

—¿Y dónde? ¿Lo sabe?

Arístides sonrió mientras desplegaba el mapa de la ciudad de Nueva York lleno de numerosas anotaciones en rojo que lo habían ocupado los largos días del viaje.

—Creo que todo estará mejor si antes de comenzar hacemos parte de nuestro cuerpo un trago de este tónico mágico. ¿Bourbon?

—No, gracias, capitán. No bebo alcohol.

—Me lo has dicho varias veces, pero confío en que algún día pierdas esos malos hábitos. A tu salud y a la de la ciudad imperio. A la pregunta que me hiciste te res-



© Victor Proenca

Grace Church, 1855



Union Square, 1860

pondo: no pero sí. Di a nuestro cochero que siga por Broadway y baje la velocidad cuando estemos a la altura de la calle Ocho. Si algo nos fallara, estaremos cerca de la casa de huéspedes donde se aloja otro de los nuestros: calle Nueve en dirección a University Place —puntualizó mientras consultaba otra vez su mapa de múltiples dobleces y anotaciones.

—¿Ahora sí me va a decir todo lo que no me ha dicho?

—Todo a su tiempo, Sebastián, todo a su tiempo. Que por ahora te baste saber que ese hombre nuestro al que me refiero es el general Manuel Balbontín, veterano de dos guerras extranjeras, historiador. Y poeta a sus horas.

La ciudad pululaba de sonidos, olores, sabores y colores provenientes de hombres, bestias, máquinas, instrumentos. El que había sido primitivo sendero que atravesaba la isla en tiempos de los manhattos, era ahora una calle única en el mundo, con sus miserias y esplendores, sus injusticias y milagros. Ante el precario avance del coche, Arístides era incapaz de abandonar su actitud expectante. Casanueva no podía evitar el deslumbramiento que le provocaba la ciudad y su gente, reunida en ese camino ancho —Broad Way— donde se daba cita la humanidad entera, parecían hablarse todas las lenguas y rivalizaban inacabables vitrinas en brillos y colores. Cruzaron frente a City Hall, a partir de cuya monumental blancura el tránsito se aligeró y el simón pudo avanzar a mayor velocidad. Cuando llegó a la altura de la calle Ocho y se vislumbró más próxima la aguja de Grace Church, Arístides asomó su gran cabeza de oso y como si olfateara un rastro en el aire, entrecerró los ojos y murmuró:

—Tiene que haber ventana y esquina... No puede ser otro que este edificio. Aquí, joven amigo, aquí nos

quedamos. Colma de oro a nuestro auriga que bien lo merece.

—¿Cómo puede estar seguro de que es aquí?

—Lo único seguro es la muerte. Nuestro hombre tenía que alojarse en una habitación con una ventana que diera precisamente a esta iglesia. Sígueme y tal vez podamos averiguar si el olfato de este perro está en lo cierto.

Bendijeron la gran estufa que en el vestíbulo de la *boarding-house* creaba una forma del paraíso y se acercaron al recibidor. Todo estaba reluciente y olía a maderas y bronces y tabacos. Detrás del escritorio se hallaba un hombre joven y atildado.

—*Gentlemen?*

Casanueva se disponía a ejercer sus habilidades políglotas cuando Arístides se le adelantó y dijo en español:

—¿Cuál es la habitación del mexicano?

El joven recepcionista palideció. Se repuso de inmediato y con acento más que calculadamente madrileño dijo:

—¿Sois vosotros parientes suyos?

—Depende. ¿Por qué?

—El señor Alcázar —supongo que es él a quien buscan— tuvo un accidente... un fatal accidente.

—¿Y?

—Está muerto, señor. No le puedo decir más pero lleguen en el momento preciso. Necesito, necesitamos... la casa necesita que se lleven de inmediato sus pertenencias.

—¿Cómo así?

—No es que nos urja la habitación para alquilarla a otra persona. La razón más importante es que entre mis huéspedes hay algunos de edad considerable. Son creyentes, me entiende... supersticiosos y... parece que el accidente del señor Alcázar fue... un asesinato.



Broadway and Duane Street, 1859

© Edward Anthony

—¿Parece o fue un asesinato? La palabra es muy fuerte para ponerla en duda, ¿no le parece?

—Su accidente tuvo lugar enfrente, señor, en la iglesia de Grace. Por eso nos enteramos de todo. Bueno, de casi todo. O de lo que la policía dejó que nos enteráramos. Inclusive traté, por el buen nombre del señor Alcázar, que no se supiera de sus hábitos, por así llamarlos, heterodoxos.

—¿Lo dice porque estaba vestido de mujer?

—Exactamente, señor. A mí no me importan las costumbres de la gente. Si usted supiera lo que se ve en esta ciudad.

—Me imagino. ¿Sabe dónde podemos encontrar su cuerpo?

—Pueden reclamar su cadáver en la morgue del Hospital Bellevue.

—¿Y eso está...? —preguntó Arístides mientras extendía en el escritorio su fiel y ajado mapa de la ciudad.

—No muy lejos de aquí, cualquier coche lo lleva. Es en la calle 26, cerca del East River. Están a tiempo. Los cuerpos son guardados cuarenta y ocho horas y luego...

—¿Y luego?

—Se les arroja a la fosa común. Hay multitud de muertes diarias y no hay espacio en el hospital. Y además, con la guerra, si no se dan abasto con los heridos, mucho menos con los muertos. Llegan a carretadas. Estoy seguro de que no tendrán problema para que le permitan reclamar el cuerpo. No son parientes suyos,

pero sí sus compatriotas. No hay muchos mexicanos por aquí, señor.

—Pero los habrá. Como usted sabe, ojalá y lo sepa, estamos en guerra.

—Sí, señor, sé que su casa también se encuentra dividida.

—Y hemos venido a pelear contra nuestro enemigo de este lado de la frontera.

—Lo sé, señor, y créame que apoyo su causa. A los españoles nos enorgullece que nos haya representado ante ustedes alguien como el general Juan Prim y que se haya portado con esa gallardía.

—Una de cal por las que van de arena. Ya era hora de que un español lavara la honra. ¿Podemos ver la habitación del señor Alcázar?

El español pasó por alto el último comentario.

—Naturalmente, señores, por aquí.

—Y tenga la seguridad de que cubriremos lo que se halle pendiente.

—Por eso no se preocupen los señores. Su compatriota pagó el mes por adelantado. Más bien, lo que tengo que hacer es devolverles...

—No es necesario, no es necesario. Guárdelo por las molestias que le causó el modo tan inesperado y seguramente para usted tan incómodo que su huésped tuvo de marcharse.

El cuarto se hallaba en el último nivel. Subieron por la escalera cuya espesa alfombra amortiguaba los pasos. Recamareras de manos y cabello colorados, con todo el paisaje irlandés en las pupilas, se asomaron con curiosidad y se persignaron cuando el administrador abrió la puerta del cuarto que había sido de Alcázar.

—*Everything is all right, girls. Back to work, back to work.*

Damián Alcázar había abandonado el mundo, pero el cuarto donde había transcurrido sus últimos instantes conservaba todavía su olor, su orden, su estilo.

—Aquí está, señores. El señor Alcázar tenía, como seguramente saben, varias excentricidades. Pidió que de su cuarto se sacara la cama y en su lugar trajo este catre militar que en mi opinión sirve para descansar en campaña pero no para dormir como gente decente. En lugar de ropero utilizaba este armatoste.

—¿Fue abierto por las autoridades?

—Quiso ser abierto, pero está prácticamente sellado. No se ofenda, señor...

—Bringas. Arístides Bringas.

—Gracias, señor Bringas.

—Yo soy Miguel del Río, a sus órdenes. No se ofenda, don Arístides, pero a las autoridades de este país no les preocupa mayormente la muerte de un extranjero. Y menos la de un mexicano. Los policías llegaron, vieron, tomaron breves notas. Así que con el permiso de los señores. Ah, se me olvidaba.

El español sacó de entre su ropa una pequeña libreta negra que entregó a Alcázar.

—No es necesario que me diga que el señor Alcázar estaba llevando a cabo una misión y que ustedes están relacionados con ella. Me tomé la libertad, antes de que las autoridades revisaran su cuarto, de tomar esto que debe interesarles.

—Señor Del Río, está usted en el lado adecuado. Mil gracias —dijo Arístides para compensar la violencia con la que prácticamente le arrebató la libreta.

Una vez que el español cerró la puerta, Arístides Bringas se sentó en el suelo y comenzó a revisar con avidez la libreta negra. Nunca terminaba Casanueva de asombrarse de la inusitada elasticidad de ese hombre, pesado y ágil y fuerte como deben de haber sido los mamuts.

—Al fin solos, Sebastián Casanueva. Al fin al comienzo de la aventura.

—¿En verdad, capitán?

—Por supuesto. ¿Qué ves, qué sientes en este cuarto?

—Una habitación de hombre que huele a mujer.

—¿Y qué más?

—Un catre de campaña, un espejo de cuerpo entero. Y un armatoste extraño —y horrendo— que además no se puede abrir.

—Que no se quiere abrir para cualquiera.

—¿Es posible abrir la figura?

Sin dejar de revisar la libreta de Alcázar, Arístides Bringas se acercó a la Dama de Hierro y la escudriñó en sus flancos.

—Toda mujer se puede abrir, si tenemos la paciencia y la inteligencia para convencerla. Una libélula, el alfa y la omega... El comienzo y el principio... la serpiente que se muerde la cola, la abeja que representa el trabajo. Qué tal si oprimimos aquí.

La escultura se abrió con un golpe seco y metálico.

—Capitán, es usted un genio.

—No, muchacho, pero tú has leído y yo he vivido. Buena combinación. Te toca a ti. Haz el inventario de nuestro ilustre muerto.

—¿Yo, señor?

—No veo otra persona más en este cuarto, ni en todo Nueva York, que pueda hacerlo.

Casanueva se acercó a la escultura y comenzó a revisar el interior.

—Según entiendo, capitán, y de acuerdo con lo que he leído, Alcázar era soltero.

—El teniente Alcázar. Honor a quien honor merece. Aún después de muerto.

—¿Era militar nuestro paisano?

—Era militar y más. *La Doncella de Orleans* le decían sus amigos al recordar el apodo que los liberales le habían aplicado a Marcos Arróniz, ese gran poeta y guerrero cuyo único defecto fue haber sido conservador.

—¿En verdad considera defecto ser conservador? Yo lo miraría desde otro lado.

—Ya tendremos tiempo para discutir asuntos políticos, como si no nos hubieran bastado los días que hemos estado juntos.

—Pero si casi no hemos hablado, señor.

—No me interrumpas. Originalmente, a Marcos Arróniz le decían *La Doncella de Orleans*, porque cuando se enfundaba en el uniforme militar, montaba en su caballo y blandía el instrumento distintivo de su regimiento de lanceros, por la delicadeza de sus rasgos y la esbeltez de su figura les recordaba que así debía de haber lucido Juana de Arco. Por esa misma razón, Alcázar fue elegido como uno de los agentes del liberalismo en Nueva York. Por su belleza, sus modales, su ingenio para disfrazarse. Y por la frialdad y eficacia con las que eliminaba al adversario.

Casanueva contemplaba atentamente el ajuar de Alcázar mientras escuchaba las palabras de su jefe.

—O sea que usted y yo... Al igual que Alcázar... que el teniente Alcázar... estamos en Nueva York para llevar a cabo un trabajo...

—La muerte del teniente Alcázar y estar en su cuarto que huele a mujer, como dices, ha sido la mejor lección. Nos toca desarrollar un trabajo diferente, a veces sucio, sí, pero necesario para la defensa de la causa. Más que trabajo, prefiero llamarlo misión.

—El teniente Alcázar no era...



New York Harbor, 1860



© Victor Brown

Broadway and Leonard Street, 1855

—No, no era. Ni te atrevas a sospecharlo. La persona a la que debíamos encontrar en el muelle era una mujer que era hombre. O sea, el teniente Damián Alcázar y Arrieta. Impecablemente disfrazado, que no transformado, de mujer, nos iba a esperar con un ramo de claveles y un sombrero que sólo yo iba a poder distinguir entre todos los que pueblan esta ciudad. Nos iba a entregar los papeles que contienen nuestros pasos inmediatos en esta ciudad.

—Pero no estaba. Y ya no va a estar.

—No, y ahora hay que encontrar esos papeles o en su defecto hallar a quien los tiene, aunque lo más probable es que ese alguien nos encuentre antes. Alcázar no es el primer agente que perdemos. Pero sí el más importante y notorio de nuestros muertos. Somos los siguientes en la lista, así que vámonos pronto de aquí.

—¿Y qué hacemos con esto?— preguntó Casanueva señalando las maletas que cuidaba con el mismo celo con que Bringas protegía su frasco de *bourbon*.

—Por lo pronto no podemos movernos con el equipaje. Nos pone en la frente la palabra viajero o la más humillante de turista.

—De extranjero.

—Tú no pareces extranjero, mi querido Sebastián.

—Y usted puede pasar desapercibido en esta ciudad donde hay de todo. Pude darme cuenta mientras veníamos acá.

—Depende de cómo camines, allí está el secreto. No dudes, no muevas la cabeza como idiota, aunque todo lo desconozcas y todo te sea ajeno. Da pasos firmes y largos como si te estuvieras moviendo en tu propia casa. Nunca dejes dormir al animal que eres en lo más hondo de tu naturaleza. Por lo pronto, hay que llevar esta maleta al que va a ser nuestro refugio. Más exactamente nuestro cuartel. Eso le toca a usted doblemente, joven.

—Por supuesto señor. El St. Julien. El Hotel St. Julien. Me lo recomendaron mucho. Es pequeño. Es cómodo. Es discreto.

—Lo tercero es mejor que todo lo demás. Va a ser difícil escondernos en esta ciudad, no creas que no. ¿Dónde está este Saint Julien?— dijo Bringas mientras sacaba otra vez el mapa de Nueva York.

—Aquí justamente, capitán, cerca de Broadway y University Place.

—Y cerca de la casa de mi general Balbontín, lo cual me agrada por partida doble. No nos estorban los aliados, y menos uno que sepa de armas. Repartamos los oros y las libranzas que traemos. Úntatelas al cuerpo y las iremos haciendo efectivas. Yo voy al Hospital Bellevue y tú a la taberna de Pete en la calle 18, cerca de Gramercy Park.

Con su rapidez inusitada, Bringas comenzó a alejarse a grandes zancadas. Sorprendido, Casanueva sacó lápiz y papel para apuntar el dato y dijo:

—¿Y por qué allá?

—La única razón es porque yo lo digo. Pero como algo se me ha pegado de tus finas maneras, te hago saber que en la libreta del teniente Alcázar —ese mapa del tesoro que nos dio el español de esta *boarding-house*— es la única dirección confiable que tenemos, y además la escribió el día de su muerte. Tú llega antes, mira, olfatea, estudia y prepara el terreno. Te alcanzo a las siete.

—¿No va a tomar un coche, capitán? Yo estoy muy cerca del St. Julien, pero el hospital, si el mapa no miente, está a más de veinte calles.

—Voy a caminar.

—¿No quiere comer algo antes? Porque la comida del barco, los últimos días, francamente...

—Estoy totalmente de acuerdo contigo, joven amigo, pero hay dos razones para no comer ahora. Una es que esta humanidad mía tiene más reservas que tú para sobrevivir. La otra es que voy a un lugar donde la comida no es precisamente la mejor aliada. Ya te diré qué nos revela el cuerpo de mi teniente.

—De nuestro teniente.

—Vamos bien, muchacho. E iremos mejor. **U**